

DE LA ÉTICA Y LA POLÍTICA

Víctor Meza

Es un viejo dilema y, en consecuencia, un viejo debate. La reconciliación de la ética con la política – antigua e ilusa aspiración – ha sido durante mucho tiempo uno de los lemas favoritos de las personas que todavía creen posible el adementamiento de la praxis política. Y no hablamos de alguna política específica sino de la política en general. De esa actividad consustancial a la condición humana, que permitió a Aristóteles definir al hombre como un animal político (aunque, como decía un famoso comediante, hay políticos que son dos veces animal).

La política, entendida en el sentido cotidiano que se le atribuye en países como el nuestro, es irreconciliable con la ética. Su esencia misma, para materializarse en la práctica diaria, requiere el abandono consciente o inconsciente de las normas éticas. No van la una con las otras. La ética, con su rigurosidad precisa, se convierte en una camisa de fuerza que impide al político el pleno despliegue de sus habilidades y destreza en el arte del engaño, la promesa fácil, el acuerdo oculto, la negociación secreta, el cinismo y la falsedad.

El político encuentra el camino más fácil para justificar el alejamiento de la ética (¿estuvieron cerca alguna vez?) por la sinuosa vía del siempre recurrente pragmatismo. Este sirve para todo, es una muletilla apropiada que ayuda a justificarlo todo, es un instrumento indispensable para retorcer las normas éticas, deformarlas y, al final de cuentas, tirarlas al cubo de la basura.

En nombre del pragmatismo se promueven alianzas espurias, negociaciones indecentes, abrazos inesperados y reconciliaciones insospechadas. Por la ruta del pragmatismo los políticos llegan, debidamente justificados, a los conciliábulos menos imaginables, a los acuerdos más inverosímiles. Entiendo que una dosis de pragmatismo siempre es necesaria en la vida, por supuesto, pero no se puede ni se debe convertir esta dosis en la única y absoluta solución general.

En política, sobre todo si se habla en nombre de ésta como si fuera una ciencia, se requieren principios, valores de cierto rigor y solidez que son el eje central de la propuesta doctrinaria. A partir de esos principios, si es que se tienen, se elaboran las líneas de acción política y, en la medida de lo posible, se las convierte en práctica diaria. Y, al mismo tiempo, la aplicación de esos principios necesita de una política

flexible, hábil, que, a través del pragmatismo moderado, permita a los partidos la búsqueda y el alcance de su objetivo central: la conquista del poder (o de los símbolos y formas superficiales que adopta el verdadero poder). El problema es cuando el pragmatismo deja de ser un método de praxis política para convertirse en un sistema, en la conducta institucional del político y de su partido. Este es el momento en que la rigurosidad de la ética se convierte en un obstáculo, un estorbo que impide el ejercicio de la actividad política acostumbrada.

Cuando llega ese momento, los principios se vuelven incómodos y se hace necesario acudir a los artilugios y sofismas de la demagogia para justificar su elasticidad y abandono. Como dice otro comediante, Woody Allen esta vez, al tratar de persuadir a un desconfiado contrincante: “Por mis principios usted no debe preocuparse; si no le gustan, los cambio, tengo otros...”

De tal manera, pues, que la relación de la política con la ética, contaminada casi siempre por el virus del pragmatismo in extremis, es más complicada de lo que a simple vista parece. En todo caso, no es ni puede ser tan simple como pretende la consigna aquella que proclama como meta la reconciliación entre ambas. La política en este caso, como la vida misma, termina finalmente imponiendo sus propias reglas y sus propios métodos.

Y, entonces, ¿qué se debe hacer? ¿Estamos condenados acaso a soportar por siempre la inmoralidad e indecencia de los políticos como si fuera una norma inevitable de la vida? Parece que sí, aunque, confieso, es triste y doloroso tener que reconocerlo. Y aquí bien vale una pequeña dosis de pragmatismo: tratemos siempre de guiarnos por la ruta que conduce al mal menor, para evitar caer en la utopía ingenua de una falsa e imposible armonía entre la ética y la política local. No veo otra salida, al menos por ahora.